





Conciudadanos:



**U**ENTA la historia que acusado el gran trágico Sófocles de imbecilidad por su desnaturalizado hijo Jofon, á fin de que se le pudiese en curatela, se presentó un dia ante sus jueces, y por toda defensa leyó el “Edipo en Colona,” una de esas obras maestras que han atravesado los siglos, recogiendo en su tránsito aplausos y coronas. Asombrado el tribunal con la sublimidad de aquella produccion, falló desde luego á favor del hombre de genio, que así pulverizaba una acusacion absurda.

Tambien México ha tenido hijos desnaturalizados, que han ido á presentarla ante las cortes estrangeras como entregada á la anarquía, declarándola incapaz de regeneracion, á no someterse á la tutela de gente mas civilizada. México entonces se ha presentado ante el gran tribunal de la opinion pública, donde se debaten los procesos de las naciones, á exhibir, como el célebre poeta ateniense, las obras que dan testimonio del derecho con que defiende su autonomia. Figuran entre ellas: la Constitucion de 1857, en que se consignaron ideas luminosas especialmente respecto de los derechos del hombre: las leyes de reforma, pa-

so avanzado en la senda del progreso, que pueblos reputados por mas cultos no se han atrevido á dar todavía: las contiendas diplomáticas, en que ventajosamente ha luchado la habilidad y lealtad de los agentes mexicanos, con la torpeza ó perfidia de los ministros estrangeros: el patriotismo de la República entera, cuyos inmensos sacrificios para poner un dique á la invasion, son el mas elocuente mentís á los que la suponian intervencionista ó impotente: el heroismo, en fin, con que los valientes defensores de la independencia demuestran en los campos de batalla que la nacion es digna de su disputada soberanía. Esos títulos, respetables bajo todos aspectos, son nuestro Edipo; ¿qué tribunal se atreveria hoy á fallar en contra nuestra?

Entre los méritos que acabo de recordar, se enumera el de nuestras ya envidiables glorias militares, hijas todas de la decision, de la fé, con que el memorable 5 de Mayo de 1862 desafió un corto ejército mexicano, sin ventaja de posicion, ni de número, ni de ninguna especie, á los esclarecidos guerreros que habian alcanzado fama universal, en el Alma y en Sebastopol, en Magenta y Solferino. Regocijémonos en lo íntimo de nuestros corazones por la feliz vindicacion obtenida en aquel dia memorable, en aquel dia glorioso, en aquel dia del que podemos decir, á semejanza de los romanos, que debe ser *albo notanda lapillo*.

Hoy venimos á congratularnos con su venerando recuerdo, á renovar las emociones, sentidas pero inexplicables, del júbilo con que levantamos la frente al eco del triunfo, sintiendo que podiamos ya llevar por todas partes erguida

la cabeza. Habiamos sido el ludibrio del mundo: nadie en lo sucesivo se atreverá á burlarse de México.

Hoy es el aniversario de la derrota de Lorencez: por primera vez se celebra esta patriótica solemnidad, que se repetirá de año en año, mientras dure la existencia de la nacion mexicana. Las circunstancias de la época vienen á dar mas animacion, á llenar de vida, por decirlo así, á lo que seria de otro modo un recuerdo histórico menos conmovedor. No nos parecemos hoy á esos ancianos, encanecidos en el servicio de las armas, que cuentan en el hogar doméstico, al amor de la lumbre, las ínclitas hazañas de su pasada juventud: nos asemejamos, sí, á esos guerreros indómitos, que entonan el canto marcial, el himno de triunfo, en lo mas recio de la pelea. Las detonaciones del cañon que sonó el 5 de Mayo de 1862 se reproducen ahora, casi en el mismo sitio. No las oís? Ellas, mas que mis humildes palabras, renuevan las sensaciones que cuentan ya un año de duracion.

No olvidemos, en efecto, ni por un instante, que mientras en todo el ámbito del país se solemniza con salvas y repiques, con discursos y poesías, este fausto aniversario, en la ciudad de Zaragoza se glorifica con acciones sangrientas, en las que habrá, como en las anteriores, episodios dignos de la epopeya. Confundamos por gratitud y por justicia á los vencedores del 5 de Mayo con los denodados defensores de Puebla, victoriosos tambien en asaltos memorables, y heroicamente decididos á triunfar defini-

tivamente ó á perecer en la demanda. Gloria á unos y á otros, conciudadanos!

Hagamos mas todavía: formemos un solo todo de las dichas de lo pasado, de las inquietudes de lo presente, de las esperanzas de lo porvenir: entrelacemos la memoria de lo que fué, con la ciencia de lo que es, con el presentimiento de lo que será. La buena causa ha salido hasta aquí victoriosa, á pesar de los mil obstáculos que ha necesitado arrollar, algunos de los cuales se presentaban como insuperables. ¿Por qué no confiar en el feliz desenlace de la cuestion, cuando con tan buena ventura hemos andado ya la mayor parte del camino? Sí, sí, el triunfo será nuestro. Una resistencia como la que está haciendo la República, es por necesidad invencible. La heroicidad de la defensa abreviará el período de la tribulacion. Quedará firmemente consolidada la soberanía nacional, y consignados en la historia, con profusion asombrosa, hechos gloriosos, dignos émulos de los que ilustran la memoria del venturoso 5 de Mayo.

Un triste recuerdo viene, sin embargo, á nublar el contento de esta fiesta nacional. El héroe, cuyo nombre irá siempre enlazado con el triunfo de nuestras armas en aquel dia, ha desaparecido ya de entre nosotros. Murió en la flor de su edad, llorado por todos los buenos mexicanos, rodeado de una aureola de gloria que adquirirá mas brillo con el tiempo. Pasó por nuestro suelo como un meteoro deslumbrador: su existencia fué breve, borrascosa, benéfica; bendita se a mil veces su memoria.

A su lado duermen ya otros bravos campeones, caídos también en defensa de la patria. Pocos son conocidos: los más forman una legión de mártires innominados, y no han legado á la posteridad esa herencia de sus nombres, que constituye la vida de los muertos. Mas no por eso deja de ser envidiable su suerte, que no es la vanidosa fama terrenal, sino la satisfacción íntima del cumplimiento del deber, lo que forma la verdadera grandeza humana. ¿No fueron mártires del cristianismo los oscuros soldados de la legión tebáica? También lo son de la patria los modestos ciudadanos que han sucumbido por ella en el ejército de Oriente.

Su ejemplo no ha sido estéril. De toda la República, como ríos salidos de madre que corren hácia el mar, sin que haya obstáculo bastante poderoso para detener su curso, acuden al teatro de la guerra masas de mexicanos patriotas, surcando mares, atravesando desiertos, bajo un sol de fuego, agobiados de fatiga, llenos de privaciones. Llegados á su destino, todo lo olvidan al frente del enemigo extranjero: salud, familia, bienestar, desaparecen ante el peligro de la patria. Sufridos en los trabajos, son terribles en los combates. La invasión francesa se estrellará en ese muro de carne humana.

¡Qué horrible contraste forman con esos buenos patriotas, los pocos traidores, auxiliares del invasor! Si la indignación provocada por sus crímenes no reclamara un ejemplar castigo, no nos infundirían mas que el desprecio con que se ve á los seres degradados. Objeto son ya de una execración universal, el asesino Márquez, el traidor

Almonte, el tres veces tráfuga Galvez, el fariseo Miranda y todos sus dignos compañeros. Suponed por un momento á esos parricidas, no próximos como lo están á sufrir la pena de sus maldades, ó á ir cuando menos á ocultar en lejanos paises su vergüenza y sus nombres deshonrados, sino, por el contrario, triunfantes, despues de haber, á semejanza de Cain, asesinado á sus hermanos; suponedlos entrando á esta capital con sus amos los franceses, estableciendo un gobierno de burlas, mientras llega el príncipe extranjero de quien aspiran á ser lacayos y caballeros. ¿No es verdad que bajo ese aspecto os parecen todavía mas despreciables? ¿No es cierto que todo mexicano de corazon bien formado, preferiria la miseria, el hambre, la proscricion, la muerte, al triunfo fratricida, á la ignominiosa servidumbre de los traidores?

Apartemos la vista de espectáculo tan repugnante, para fijarla de nuevo en el ilustre ejército mexicano, que con sus proezas está impidiendo la realizacion de esa tragedia-sainete.

No ganó menos gloria Massena con el sitio de Génova, que con la batalla de Zurich. El sitio de Zaragoza es mas famoso en España, que la batalla de Bailen. Tambien en México están asociadas ya esas glorias hermanas, que se llamarán en la historia la batalla del 5 de Mayo y el sitio de Puebla, de la moderna Zaragoza, dos veces digna de tal nombre.

El enlace de ambas epopeyas no puede ser mas estrecho, no solo por figurar en la segunda casi todos los paladines

de la primera; no solo por haber servido de núcleo al actual ejército de Oriente la fuerza vencedora de Lorencez, sino también por ser todos los actos subsecuentes de la defensa nacional, emanación directa del que contuvo el primitivo ímpetu del invasor. Al 5 de Mayo han de reconocer por origen las glorias todas de la presente contienda, como reconocieron por origen todas las de la independencia al 16 de Setiembre.

Cincuenta días llevan los franceses de haberse presentado á la vista de la ciudad heroica, después de haber aglomerado formidables elementos de guerra para tomarla. Contaban hacerlo en poco tiempo, no figurándose posible una resistencia tan obstinada como la que han encontrado. Sin que neguemos á Forey suma habilidad en sus operaciones; sin que neguemos tampoco á sus soldados el insigne arrojo que los había acreditado de los primeros del mundo, reservamos á nuestros valientes el premio de la contienda, tanto más merecido cuanto más esperto y terrible ha sido el ataque.

Ocho asaltos se han resistido ya, tras de endeblez murallas, entre ruinas y escombros, en edificios desplomados, sobre minas humeantes, bajo fuegos cruzados, á la bayoneta, á pecho descubierto. Cada escena de este drama sublime, ha tenido su protagonista. Los nombres del sitio atacado y de su defensor, vivirán unidos en indisoluble consorcio. San Javier y Smith, San Márcos y Diaz, San Agustín y Balcázar, Miradores y Llave, otra vez San Agustín y Sanchez Roman, Pitiminí y Padrés, Santa Inés y

Auza; qué gloriosa serie de recuerdos históricos! Y no son los únicos por cierto: á ellos se asocian otros mil, en que figuran dignamente Negrete, Berriozábal, Ghilardi, Alatorre, Escobedo, y en suma, todo el ejército de Oriente. Seria necesario mencionar hasta al último soldado, para que la lista no quedara incompleta. Cerrémosla con el debido elogio á Paz, el hábil comandante de artillería; á Mendoza, el inteligente cuartel-maestre; á Ortega, el digno general en jefe de un ejército de héroes.

Cuarenta y cinco dias hace que comenzó la lucha horrible á que estamos asistiendo. Millares de hombres han derramado ya su sangre por el loco capricho de un déspota altanero, en cuya conciencia cauterizada no hace mella la tremenda responsabilidad que contrae con tanta víctima sacrificada, con tanta familia condenada al duelo y la mendicidad. ¿Y cuál es, cual será el resultado definitivo, el único posible, de los planes maquiavélicos, concebidos en mala hora para la Francia? La posesion de un monton de escombros, sobre los que se levantará para mengua de Napoleon, el edificio indestructible de nuestra grandeza: la execracion de un pueblo entero, injusta y piráticamente invadido, sin mas culpa que la de haber tratado siempre con franca hospitalidad, con simpática estimacion, con predileccion singular, á sus gratuitos agresores.

La lucha, entretanto, sigue cada vez mas enearnizada, dejando apenas entrever en lontananza la consoladora oliva de la paz. Hase afirmado como indudable, que para es-

te día prepara el invasor el mas formidable de sus asaltos, deseoso de vengar la humillacion de sus águilas. ¡ Empresa temeraria! Los hechos consumados son indelebles: los triunfos nuevos consuélan, pero no destruyen la memoria de las derrotas pasadas: la gloria obtenida es eterna. De nada, pues, serviría á los franceses, profundamente lastimados en su orgullo militar, alcanzar hoy una victoria, si con ella presumen arrebatar nos lo que nada, lo que nadie nos puede ya quitar: la gloriosa satisfaccion de haber vencido de igual á igual á los mas afamados militares. Pero dado caso de que en este feliz aniversario haga el enemigo un formidable empuje, no debemos desconfiar de que este día sea dos veces dichoso, de que recuerde á la posteridad el doble triunfo obtenido con un año de intermedio, por los ilustres defensores de la nacionalidad mexicana. Así es de esperarse de su bien probado arrojo: así del entusiasmo santo que debe animarlos en uno de los dias mas grandes de la patria.

¡ Qué espectáculo tan diferente el que presenta hoy el pueblo mexicano, respecto del que presentaba hace apenas año y medio! Creíasele entonces fácil presa de osados filibusteros; suponíasele incapaz de oponer resistencia á un puñado de genízaros. Desvanecida aquella primera ilusion, se consideró todavía empresa sencilla la de subyugar nos, con solo aumentar hasta cuarenta mil hombres el cuerpo expedicionario. Conocidos son de todos los mandamientos de Napoleon á Forey, encerrados en dos, como un plagio del Decálogo: obrar pronto y bien. ¿ Y qué ha sucedido?

Que una derrota memorable, la misma cabalmente que venimos á solemnizar en este sitio, sirvió de dura leccion al insensato príncipe, que pretendia sojuzgarnos con unos cuantos de sus legionarios, añadiendo al insulto el desprecio: que el ejército formal mandado despues, á consecuencia de un humillante desengaño, pasó en inaccion meses enteros, mientras aglomeraba toda clase de elementos de guerra, para avanzar sobre un enemigo que habia aprendido á respetar: que debe serle ya bien conocida, mas que á nosotros mismos, su absoluta impotencia para llevar á próspero remate la ardua mision que se le confió: que su general en gefe, cuyas relevantes dotes militares son tan apreciadas, tuerece el sentido de las fatídicas palabras imperiales, obrando tarde y mal. Hace año y medio éramos tan despreciados, como estimados seremos en adelante.

La razon natural de tan satisfactoria trasformacion, se encuentra en la fiel observancia de los deberes sociales, de extraordinaria magnitud, que reclamaba la situacion. No hay ejemplo en el mundo de que un pueblo no se haya elevado á grande altura, cuando ha sabido repeler una invasion estrangera á costa de ingentes esfuerzos. Cabe á México la ventura de no haberse faltado á sí mismo, en esa hora suprema de las nacionalidades. México comprendió su deber, y quiso y supo cumplirlo. El gobierno general resolvió repeler la fuerza con la fuerza, en una guerra que se rompía sin ultimatum, sin previa declaracion, y ha sabido improvisar ejércitos, crear recursos, proporcionarse

armas, para sostener con elevacion la honra nacional. Los Estados, sobreponiéndose á todo impulso del espíritu de localidad, han subordinado su soberanía particular á la autoridad suprema que representa á toda la nacion, y que fué investida por el Congreso de ómnímodas facultades. Los particulares están coadyuvando con sus bienes y con su sangre, á que sea resistida la invasion. El bello sexo se afana sin descanso en dar brillantes ejemplos de patriotismo y de caridad. Los ciudadanos, que con las armas en la mano defienden el profanado suelo patrio, desplagan una heroicidad nunca suficientemente encomiada. ¡Cuán hermosa es la contraposicion entre este cuadro, lleno de vida y de colorido, y el sombrío, el desfigurado, el horrible, en que se pintaba á nuestra sociedad muerta para el progreso, insensible al deshonor! Feliz guerra podemos llamar á la que nos hace la Francia, como llama la Iglesia *felix culpa* á la caida que provocó la redencion.

Nuestra satisfaccion aumenta por ser este resultado obra esclusiva de nuestros propios esfuerzos. Lo mismo que conquistaron solos nuestros padres su emancipacion de la metrópoli, solos estamos defendiendo nosotros la independencia que nos legaron. El poder colosal de nuestro formidable enemigo, nos ha dejado en un completo abandono, que hace todavía mas meritoria la fructuosa defensa de nuestros conculcados derechos. En naciones de que debiamos esperar proteccion, apoyo, neutralidad cuando menos, hemos encontrado únicamente encubierta hostilidad. Estériles votos de simpatía son el mayor auxilio que se nos

ha prestado en esta desigual contienda, de la que contamos salir bien librados á pesar de nuestro aislamiento.

Levantados por nuestra decision á la altura en que nos hallamos, de nosotros depende no tener un humillante descenso. Marcado está ya, mexicanos, como en un mapa correcto, el itinerario que debéis seguir para hacer grande y feliz á esta nacion, escarnecida por tanto tiempo. Dignidad en el gobierno, patriotismo en el pueblo, valor en el ejército; hé aquí lo que se necesita. Continudad practicando estas hermosas virtudes, para que sea imposible la vuelta de la lóbrega noche de que hemos salido, de la tiniebla del fanatismo, del retroceso, de los privilegios, de las preocupaciones, de la dependencia del extranjero; para que en el cielo del 5 de Mayo aparezca siempre, radiante y vivificador, el sol de la libertad y de la reforma, el sol de la independencia nacional.

